

minutos que el automóvil tarda en conducirnos, pues sólo hay una legua entre la antigua villa del Rey *Sabio* y el histórico paraje. En la mañana autumnal, límpida y esplendorosa, resaltan los accidentes y tonalidades de la topografía circundante, cerrando el horizonte las azulinas cordilleras de ensueño que delimitan el anfiteatro de la genuína Mancha.

Al pie del río, que se cruza por el gran puente, mandado edificar por los Reyes Católicos en 1495, yérguese el cerro y, en él, lo que queda de Arcos. «Ancho patio al que adornan y embellecen algunos árboles y rodean fuertes y almenados muros—dice Hervás y Buendía—, algunas habitaciones dispersas, sin orden ni concierto edificadas, y largo portal, sostenido por columnas de piedra, es lo primero que se ofrece a la vista. Sencilla portada de ingreso al templo gótico, en el que se ve impresa la huella de diversas generaciones. Espléndido y magnífico en el siglo xv, y tan generoso como rico de fe e inspiración, levanta el templo ojival, de tres naves y dos capillas que forman su crucero, con su severo y majestuoso artesonado, adornado con simbólicas pinturas, con sus esbeltas columnas agrupadas en haz, capiteles engalanados y grandioso rosetón sobre su puerta principal. Consecuente con la historia del santuario, da a su ábside un sabor bizantino e imprime a su retablo carácter antiguo y adornos del Renacimiento. Decadentes los siglos xvii y xviii, dejaron en el abandono a esta joya de arte, y la acción destructora del tiempo amenazó de muerte al histórico santuario, que guarda tantos recuerdos y atesora en sus ennegrecidos muros la historia de un gran pueblo. Pobre y abigarrado el siglo xix, emprende su restauración sin cursos ni inteligencia; así convierte su rico artesonado en cielo raso, que cubre parte del rosetón, y derrama tan sin tino, la pintura que cubre hermosos capiteles, molduras, relieves y portadas dignas de mejor suerte».

Fuera del recinto llaman la atención las excavaciones practicadas en las ruinas del castillo, con las que descubrióse un lienzo de muralla, cuyos sillares son, en opinión del sabio P. Fita, de procedencia romana. La planta aun puede ser reconstruida con facilidad, pues emergen casi todos sus cimientos. Es un rectángulo, en el que levantaron ocho torres, cuatro en los ángulos y otras tantas en los centros de las murallas laterales. El lado de la *mazmorra*, junto al aljibe, debió de erguirse, como la muralla exterior, a unos diez metros sobre el suelo terraplenado. Desde allí descubre la vista uno de esos panoramas verdaderamente vastos e inolvidables. A los pies, por el lado de Poniente, discurre el manso y caudaloso Guadiana, tras describir su curva inmensa, partiendo de Ruidera. Y por doquiera se mire, la infinita alcatifa de oro, verde y azul. Imaginativamente transporta el ambiente a la época en que el lugar era el núcleo de la inquieta y guerrera vida española, por lo que, contrastando con su placidez de hoy, apenas turbada un día al año en la tradicional romería, el viajero entusiasta cree distinguir el enorme ejército agareño, «compuesto de parthos, árabes, africanos y almohades»— en la frase de Delgado Merchán— «que era innumerable como la arena del mar»— según el arzobispo Jiménez de Rada—, el desarrollo de la batalla y hasta la estratagema árabe, ocultando la retaguardia de sus tropas en el lugar todavía llamado *La Celada*, junto al arroyo de *La Sangre*, con lo que sorprendieron a los cristianos, derrotados, cerrándoles el paso en su repliegue...

Angel Dotor.